

El papel del Cristianismo en las economías de mercado

por **D. Rafael Termes**

*Conferencia pronunciada
el 5 de mayo de 1994*

Forum Deusto

El papel del Cristianismo en las economías de mercado

por D. Rafael Termes*

En unos momentos en que las sociedades occidentales se ven zandreadas por una interna y externa crisis de valores morales; cuando toda una civilización, falta de vigor moral, amenaza con derrumbarse; cuando, incluso entre los que reclaman la vuelta a la raíces éticas, una gran parte se halla atrapada en las movedizas arenas de una ética subjetivista y relativista, que prescinde de las normas objetivas, inscritas en la misma naturaleza humana por obra de su Creador, válidas siempre y para todos; cuando se pretende vanamente establecer una moral de consenso, basada en las opiniones, cambiantes con las culturas, los

* Rafael TERMES, Doctor Ingeniero Industrial, Académico de número de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras y de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, es Profesor de Finanzas del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa (IESE), de la Universidad de Navarra, desde su fundación en el año 1958, y desde setiembre de 1991 Director de su Centro en Madrid. Consejero del Banco Popular y Consejero-Delegado de dicho Banco desde 1966 a 1990, fue Presidente de la Asociación Española de Banca Privada (AEB) desde noviembre de 1977 hasta mayo de 1990. Es Presidente de Honor del Instituto Español de Analistas Financieros, ex-Presidente de la Federación Europea de Asociaciones de Analistas Financieros, con sede en París, Vocal del Consejo Rector de la Asociación para el Progreso de la Dirección, y Vocal del Consejo General de la Fundación General de la Universidad Complutense de Madrid. Al margen de la actividad en la banca y en la Universidad, es autor de numerosas publicaciones entre las que destacan las tituladas: *El poder creador del riesgo*, *Capitalismo y ética*, *Elogio del beneficio*, *Del estatismo a la libertad*. La mayor parte de esta producción ha sido recogida, sistematizada y recientemente publicada bajo el título *Desde la banca. Tres décadas de vida económica española*. Su nuevo libro, *Antropología del capitalismo: un debate abierto*, lo ha escrito como discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Posee la Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil y es Caballero de la Legión de Honor.

tiempos y las circunstancias, incapaz, como nos ha recordado Juan Pablo II en su última Encíclica *Veritatis Splendor*, de garantizar el fundamento ético de la convivencia social; cuando la religiosidad, base a lo largo de los siglos de la moralidad, ha dejado de formar parte del proyecto vital de un número creciente de nuestros contemporáneos; cuando todo esto sucede, me parece admirable y digno de elogio que Forum Deusto haya decidido que el sexto de los ciclos, que desde 1989 viene organizando, esté dedicado a la *Religión en los albores del siglo XXI*.

El tema que figura en la invitación para el acto de esta tarde bajo el título *El papel del Cristianismo en las economías de mercado*. Intentaré desarrollarlo teniendo presente que en el núcleo de la tarea recristianizadora, a que nos invita el actual sucesor de San Pedro en la cátedra romana, se halla la necesidad de afirmar —en la teoría y en la práctica— «la prioridad de la ética sobre la técnica, el primado de la persona sobre las cosas y la superioridad del espíritu sobre la materia¹». Cuando muchas parcelas del pensamiento científico y cultural están dominadas por personas que defienden ideologías materialistas, los católicos, conscientes de que en el Evangelio se encuentra la mejor fuente de inspiración para dar respuesta a los grandes interrogantes de nuestro tiempo, debemos empeñarnos en desplegar, en todos los ámbitos, las consecuencias culturales de la fe. Porque —como ha insistido Juan Pablo II— «una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida²». Recristianizar la sociedad es, en gran medida, una tarea de formación, de educación y enseñanza. Por esto, a la invitación que me hicisteis, respondí afirmativamente, sin dudarlo, para intentar contribuir, con mi modesta aportación, en lo poco que pueda, a la gran tarea de formación que realiza esta Universidad más que centenaria.

* * *

Dividiré mi exposición en cuatro partes y un epílogo. En la primera describiré lo que entiendo por economía de mercado o capitalismo y lo compararé con la economía dirigida o socialismo, tanto desde el punto de vista de la eficacia como de la ética. En la segunda parte, aceptando que en la actual vida real no existen sistemas capitalistas y socialistas puros, expondré mi punto de vista sobre la imposibilidad del buen funcionamiento de los sistemas mixtos, dedicando especial atención a la

¹ JUAN PABLO II, *Redemptor hominis* (1979) n. 16.

² JUAN PABLO II, *Discurso al Pontificio Congreso de la Cultura* (Roma 1982).

economía social de mercado, nacida en Alemania, y que en mi opinión no es, como algunos pretenden, o por lo menos no era en su origen, uno de esos modelos mixtos. La tercera parte la dedicaré a analizar las relaciones que puedan existir entre socialismo y capitalismo, comentando tanto las tesis de Max Weber como las posturas hostiles al capitalismo de algunos católicos. Pasaré así a la cuarta parte en la que intentaré centrar el tema que se me ha encargado, es decir, el papel del cristianismo en la mejora del sistema capitalista, partiendo de la existencia de un entorno ético-cultural y político-jurisdiccional que enmarca el sistema económico y apoyándome en la Doctrina de la Iglesia Católica. En el epílogo haré algunas consideraciones sobre los problemas que se presentan al relacionar la libertad, esencia del capitalismo, con la moral.

* * *

Economía de mercado o capitalismo

La economía de mercado es un sistema de organización social en el que se supone que la cooperación para el logro del bienestar común se produce de forma espontánea, el revés de lo que sucede en el modelo de economía centralizada en el que la cooperación tiene lugar de forma coactiva. Para designar estos dos modelos se utilizan corrientemente los simples nombres de capitalismo y socialismo, aunque ambos términos aparecen tan cargados de connotaciones de carácter principalmente histórico, y la sola enunciación de uno y otro nombre despierta tanta animadversión en determinados sectores, que resulta totalmente explicable que, muchas veces, estos nombres se vean reemplazados por expresiones sustitutorias.

Por lo que respecta al sustantivo capitalismo, el propio Von Hayek, que dedicó toda su vida a explicar su funcionamiento y a defender su primacía, tanto en términos de eficiencia como de moralidad, reconoce que se trata de una palabra poco acertada, sugiriendo que, para mejor definir el sistema, cabría utilizar la palabra griega *catalaxia*. Como sea que tal nombre hizo poca fortuna fuera de los ámbitos académicos, en la práctica, los sinónimos más empleados son economía libre, economía de empresa y más comunmente economía de mercado que es el que los organizadores de este acto han elegido, al dar título a mi conferencia, para plantear, pienso, las relaciones que existan, o deban existir, entre el Cristianismo y, por lo menos así yo quiero entenderlo, el sistema capitalista. Tratándose pues de sinónimos no tendría inconve-

niente, sobre todo para no herir determinadas susceptibilidades, en emplear a lo largo de mi exposición el término economía de mercado en vez de capitalismo, si no fuera porque los socialistas, en especial los socialdemócratas, hablan también de mercado para referirse a una situación en la que el mercado convive —o mal vive— con el intervencionismo estatal y la planificación de la producción y la distribución.

Por esta razón, y además por motivos, si queréis, de simplificación, en mi charla hablaré generalmente de capitalismo, en el bien entendido, sin embargo, de que al hacerlo me estaré refiriendo, ni más ni menos, que a un sistema de organización económica basado en la propiedad privada, incluso de los bienes de producción; que utiliza el mecanismo de los precios como el instrumento óptimo para la eficiente asignación de los recursos; y en el que todas las personas, libremente responsables de su futuro, pueden decidir las actividades que desean emprender, asumiendo el riesgo del fracaso a cambio de la expectativa de poder disfrutar del beneficio si éste se produce.

En este sistema, por lo menos en su versión pura, el Estado no debe interferir en la mecánica del mercado, ni intervenir, salvo para el ejercicio de un reducido papel subsidiario, en aquellas actividades de los particulares que el propio mercado encauza. Lo cual no quiere decir negar el papel del Estado, sino más bien afirmar que, al lado de sus primigenias funciones como defensor del territorio patrio, guardián del orden interior, y hacedor de justicia entre ciudadanos iguales ante la ley, al Estado —mínimo pero fuerte— como servidor que debe ser de la sociedad, compete velar por la pureza del funcionamiento del mercado, creando y manteniendo un marco legal para que la actividad económica alcance sus propios objetivos y resuelva por ella misma los conflictos que puedan presentarse.

Comparación del capitalismo con el socialismo

El otro sistema, el socialista, es un modelo de organización económica, en el que, también en su versión pura, el Estado es el único propietario de los bienes y, en especial, de los de producción; en el que la actividad económica se realiza de forma planificada, al objeto de determinar tanto la clase y la cantidad del producto, como su distribución, fijando administrativamente los precios; y en el que el Estado reparte, con vistas a la igualdad, la renta generada, pretendiendo asegurar a cada ciudadano, desde la cuna hasta la tumba, la satisfacción de sus necesidades presentes y futuras.

Como fácilmente se ve, los dos sistemas que acabo de describir y que, en sus versiones puras, marcarían los dos extremos entre los que pueden moverse los diferentes modelos híbridos de organización económica, son evidentemente antitéticos y antagónicos en su misma concepción. Pero, a mi entender, sólo el primero de ellos, el capitalismo, responde a la naturaleza del hombre. La economía centralizada, el socialismo, es el resultado de la decisión de alguien —sea un príncipe, sea un estamento, sea un partido político, sea un equipo tecnocrático— que pretende organizar el desarrollo de los hechos económicos, mediante ciertas reglas elaboradas por las mentes de unos pocos, con el propósito —que, en principio, no hay que descartar sea honrado— de lograr el bienestar de todos. La economía de mercado, en cambio, no es el resultado de la decisión de nadie, sino que surge espontáneamente de la misma condición humana, ya que la tendencia a la división del trabajo y al intercambio, que fundamentan este sistema, nace con la aparición del hombre sobre la tierra.

Decir que el orden en el que se basa el capitalismo es un orden derivado de la misma condición humana, no significa que sea un orden natural en el sentido de que fluya de la naturaleza, con exclusión de la voluntad del hombre, como puede ser el orden de los astros. Como el mismo Von Hayek nos enseñó, además del orden natural, independiente de la voluntad de los hombres, y del orden artificial, que deriva de las actuaciones humanas deliberadas, es decir, además de lo que es por naturaleza y lo que es por acuerdo, existe el orden espontáneo que es el resultado de la actuación humana pero no de su designio. Este orden, cuyo desarrollo depende de las acciones de los humanos pero que no ha sido imaginado ni buscado por ellos, es el orden extenso en el que se enmarca la economía de mercado .

El antagonismo existente entre los dos sistemas se pone de manifiesto en muchos aspectos. En primer lugar, la gran diferencia fáctica entre los defensores del capitalismo y del socialismo está en la distinta percepción de la realidad que unos y otros tienen. Los socialistas parten del supuesto de que la gestión centralizada de la economía es capaz de conseguir, realmente, un producto suficiente para repartirlo entre todos los ciudadanos en forma igualitaria o equitativa. Los economistas capitalistas piensan que la realidad es completamente distinta, ya que, fuera del mecanismo de los precios a través del cual el mercado competitivo procede a la distribución desigual de los ingresos, no existe ningún método capaz de descubrir cómo orientar la actuación para obtener, no ya el máximo producto posible, sino ni siquiera el necesario para la subsistencia de la entera comunidad.

Este error de hecho del socialismo utópico, puesto ya de manifiesto por Von Mises en su demostración de la imposibilidad del cálculo económico socialista, es hoy reconocido por los mismos autores que, en su día, pretendieron defender, con no poca arrogancia, que unas pocas mentes planificadoras eran capaces de superar, o por lo menos sustituir, el orden espontáneo creado por el libre actuar de los hombres; orden que integra, de la única manera posible, los conocimientos contenidos en las mentes de innumerables agentes, los cuales, además, al tomar sus decisiones, saben que se están jugando su propio éxito o fracaso; cosa que no ocurre cuando los funcionarios determinan, con toda impunidad, lo que los otros tienen que hacer. La aceptación del fracaso del cálculo económico socialista es el que ha conducido a la evolución del socialismo puro hacia la socialdemocracia que es un sistema que, en vano, en mi opinión, pretende mezclar las probadas ventajas del mercado con las pretendidas ventajas de la intervención estatal.

El antagonismo antropológico

Pero el aspecto principal del antagonismo entre socialismo y capitalismo es la oposición frontal que existe en la antropología que anida en uno y otro sistema. Es decir, la distinta idea del hombre que, implícita o menos implícitamente, tienen los partidarios de una u otra corriente en relación con la libertad que es la característica esencial y distintiva del hombre, y en cuyo recto ejercicio radica su fundamental dignidad. El Papa Juan Pablo II, a cuyo Magisterio forzosamente tendré que recurrir más de una vez, dada la naturaleza de la ponencia que me ha sido confiada, en su *Encíclica Centesimus Annus*, dice claramente que «el error fundamental del socialismo es de carácter antropológico». Efectivamente —argumenta el Pontífice— el socialismo considera a todo hombre como un simple elemento y una, molécula del organismo social, de manera que el bien del individuo se subordina al funcionamiento del mecanismo económico-social. Por otra parte, considera que este mismo bien pueda ser alcanzado al margen de su opción autónoma, de su responsabilidad asumida, única y exclusiva, ante el bien o el mal. El hombre queda reducido así a una serie de relaciones sociales, desapareciendo el concepto de persona como sujeto autónomo de decisión moral, que es quien edifica el orden social, mediante tal decisión³.

³ JUAN PABLO II, «Centesimus Annus» (1991), cap. II, n. 13.

Este concreto error antropológico no existe en el capitalismo. Para probarlo me bastará aducir los textos relativos a este tema que aparecen en la misma *Encíclica papal*, sin que de ello se pueda deducir que esté sosteniendo que Juan Pablo II apruebe cualquier clase de capitalismo. Si es así o no, ya lo veremos más adelante. Pero en lo que se refiere al aspecto antropológico, es innegable que el Papa dice que «la moderna economía de empresa comporta aspectos positivos, cuya raíz es la libertad de la persona, que se expresa en el campo económico y en otros campos. En efecto, la economía es un sector de la múltiple actividad humana y en ella, como en todos los demás campos, es tan válido el derecho a la libertad como el deber de hacer uso responsable del mismo⁴. Es decir, se atribuye a la raíz del sistema capitalista exactamente lo que sustancialmente se echa en falta en el sistema socialista: el respeto a la libertad de la persona».

* * *

Los modelos reales de organización económica

Descritos los dos modelos que, con acierto o sin él, llamamos capitalismo y socialismo, forzoso es admitir que en el mundo occidental en que vivimos ni uno ni otro de los dos sistemas se halla en estado puro. Sin embargo, ello no obsta para afirmar que, como enseñaba Ludwig von Mises, es inútil el intento de buscar una vía media, mezcla de capitalismo y socialismo, que funcione perfectamente, porque la producción o la dirige el mercado o es ordenada por los mandatos del correspondiente órgano dictatorial, ya sea unipersonal ya sea colegiado. Esta misma idea es desarrollada por un teórico de la economía social de mercado como es Alfred Müller-Armack, quien cuando explica el sistema que, con éxito funcionó en Alemania a partir de 1948, después de señalar que «los resultados poco satisfactorios obtenidos con los sistemas intervencionistas de carácter híbrido condujeron a la conclusión de que el principio de la libre concurrencia como indispensable medio organizador de colectividades sólo se mostraba eficaz cuando se desenvolvía dentro de un orden claro y preciso, garantizando la competencia⁵», dice que la ideología que inspiró la economía social de merca-

⁴ *Idem.* cap. IV, n. 32.

⁵ Alfred MÜLLER-ARMACK, *Economía dirigida y economía de mercado* (Madrid 1963) 226.

do «se aparta de forma radical de una política económica intervencionista que pretende mezclar elementos de administración central con otros de economía de mercado, de suerte que estos factores tan encontrados acabarán por entorpecerse mutuamente, imposibilitando una labor económica eficaz. La economía social de mercado —añade— es un orden económico global basado en el mercado y configurado conscientemente. Su primer principio coordinador debe ser la libre concurrencia⁶». La economía social de mercado —sigue diciendo Müller-Armack— descansa sobre el criterio de que una economía competitiva puede adoptar a lo largo de la historia formas muy diversas, siendo posible en la actualidad cumplir los deberes sociales de la sociedad moderna en un sistema de libre concurrencia de forma mucho más completa de lo que era factible hasta ahora. Con ello se diferencia el nuevo programa del propugnado por el socialismo, que quiere llegar a la reforma social a través de un dirigismo central. Los partidarios de la economía social de mercado creen tener que desconfiar frente al socialismo de competencia y al socialismo liberal, pues opinan que difícilmente puede un sistema de dirección central, una vez constituido, sustraerse a la tentación de intervenir en la libre elección del consumo y del puesto de trabajo⁷».

¿Dónde está, entonces, la originalidad del modelo? Claramente lo dice el autor que estoy siguiendo: «los representantes de esta escuela comparten con los del neoliberalismo el convencimiento de que la antigua economía liberal había comprendido correctamente el significado funcional de la competencia, pero sin haber prestado la debida atención a los problemas sociales y sociológicos⁸». La novedad de la concepción política-económica global de Ludwig Erhard, artífice del milagro alemán de la posguerra, es el convencimiento de que «sobre la base de un orden económico de mercado puede desarrollarse un sistema de protección social amplio y completo⁹». No se trata de modificar en nada el modelo económico liberal; se trata de añadirle una componente de protección social. Averiguar si, con el paso de los años, el sistema de protección social amplio y completo, bajo el espejismo del Estado de Bienestar, se ha hecho tan excesivo que, en la propia Alemania, ha acabado por enervar parte de las virtudes del liberalismo económico en que se basó el milagro, nos alejaría demasiado del tema que estoy tratando.

⁶ *Ibidem.*

⁷ *Idem.* 226-227.

⁸ *Ibidem.*

⁹ *Ibidem.*

Lo cierto es que, a pesar de la gran verdad que, a mi juicio, se contiene en las frases de los autores que acabo de citar, después de la desaparición del socialismo que llaman real y que imperó en los países del Este, lo que hoy vemos en el mundo son sistemas de economía que, en términos generales, tienden a ser de mercado con más o menos ingredientes socialistas que, precisamente por estas adherencias intervencionistas, no pueden funcionar bien del todo. Porque en lo que respecta a la eficacia no parece haber dudas de que si bien el sistema capitalista, incluso en su estado puro, no puede calificarse de totalmente perfecto, está claro, a la luz tanto de la razón como de la experiencia, que es el más perfecto o si se quiere el menos imperfecto de todos los sistemas económicos. Por lo tanto, cuanto más capitalista sea el sistema tanto más rápidamente, tanto más establemente y tanto más ampliamente conduce, en los países a los que se aplica, a mayores niveles de riqueza y bienestar.

Pienso que no vale la pena detenerse en demostrar este último aserto, ya que están a la vista los diferentes resultados obtenidos por las distintas concepciones económicas imperantes en los distintos países; resultados puestos de manifiesto por el indicador que estimo más significativo y que es el incesante flujo de emigración humana, legal o ilegal, desde los países más socialistas hacia los países más capitalistas. Este masivo voto humano «con los pies» certifica que el socialismo, queriendo imponer un orden social coactivo en el que las mentes pretendidamente clarividentes y benéficas de los gobernantes, so pretexto de dar a todos el mismo nivel de seguridad y bienestar, planifiquen lo que cada uno tiene que hacer y soportar, conduce necesariamente al deterioro económico y finalmente a la miseria, tanto mayor cuanto con más rigor se hayan aplicado las doctrinas socialistas. Así lo hemos comprobado a la hora del derrumbamiento del vasto imperio moscovita, como ya lo habíamos comprobado antes en los países víctimas del credo socialista de América y, sobre todo, de África, ya que después de la descolonización en ninguna parte del mundo se han aplicado tan ampliamente las soluciones socialistas, con resultados tan catastróficos de pobreza y hambre, como en el continente africano.

Bienestar material y felicidad personal

Es verdad que la mayor riqueza y bienestar material que produce el capitalismo no es equivalente a la felicidad personal; en primer lugar, porque la felicidad es un sentimiento subjetivo y, consiguientemente, hay tantas formas de ser feliz como personas existen. Pero no es menos cierto que, desde Aristóteles, pasando por Tomás de Aquino, sabemos que un

buen vivir material constituye un objetivo intermedio, noble y deseable para el logro de la felicidad, mediante el cultivo de los bienes superiores del espíritu difícilmente atendibles sin un mínimo de bienestar. Antonio Millán Puelles, en el apartado que en su fundamental tratado *Economía y Libertad* dedica a la cuestión moral del bienestar, dice que «no cabe duda que lo peor que al hombre le acontece en la miseria es que no se encuentra en condiciones de poder elevarse a los más altos valores del espíritu. Tan inhumana es en efecto la miseria que el hombre que la padece ni siquiera echa en falta esos valores, porque sólo se ocupa —tan necesitado está de ellas— con las cosas más materiales». Recurriendo al juego de palabras utilizado por el también filósofo Leonardo Polo, profesor de la Universidad de Navarra, podríamos decir que un mínimo de buena vida es imprescindible para aspirar a la plena realización de una vida buena.

Luego, aquel sistema que, sin merma de los otros valores, más seguramente coloque a más gente en situación de bienestar, aquél será mejor también desde el punto de vista moral; es decir, desde el punto de vista del eudemonismo o búsqueda de la felicidad a la que, de forma inexorable, tiende siempre el hombre en su polifacético obrar. Y no parece haber duda de que este sistema es el capitalista, ya que nadie que se moleste en analizar mínimamente la memoria histórica de Occidente se atreverá a negar la capacidad del capitalismo para aumentar el bienestar material de las más vastas capas de la población; ni podrá tampoco demostrar que el capitalismo democrático, de por sí, se opone al logro de los otros bienes no materiales.

Dicho todo esto para reafirmarnos en la primacía del capitalismo, tanto desde el punto de vista económico, como desde el punto de vista antropológico, como desde el punto de vista moral, dentro naturalmente de las imperfecciones propias de toda obra humana, es lógico que pensemos que éste es el modelo en el que desearíamos que viviera nuestra generación y las que nos tengan que suceder. Y, por lo tanto, este es el sistema, y no a otro pretendidamente de mercado, al que me referiré a partir de ahora.

* * *

Relación entre capitalismo y cristianismo

Expresado este deseo y propósito, y afirmada la necesidad de que la sociedad civil se comporte en forma congruente para lograrlo, es preciso descender a la temática subyacente en el enunciado de la con-

ferencia que me ha sido confiada. A tal fin, pienso que debo formularme algunas preguntas: En primer lugar, ¿existe alguna relación entre cristianismo y capitalismo? ¿Hay contradicción entre el cristianismo y el espíritu del capitalismo? O, por contra, ¿existe alguna coincidencia, causalidad o dependencia entre ambas concepciones frente a la vida social, económica y política? ¿Tiene el cristianismo algún papel, como presupone el título de mi intervención, en el capitalismo? Y dando otro paso, que tal vez pueda calificarse de excesivo o audaz, ¿puede o, todavía más, debe el cristianismo informar el capitalismo?

Pienso que, por lo menos, se me aceptará que estas preguntas no son improcedentes. El hecho de que el bienestar material sea condición indispensable para la felicidad del hombre, no implica que sea suficiente. Todo lo contrario; las personas humanas, que no son meros individuos de una raza, sino seres compuestos de cuerpo y espíritu, racionales y libres, creados a imagen y semejanza de Dios, únicos e irrepetibles, con una singular vocación terrena y un destino eterno individual, tienen todo el derecho a pensar que el hecho de satisfacer las básicas necesidades materiales no es suficiente para calificar positivamente al sistema económico que lo logra. Para que el sistema sea plenamente aceptable, es necesario que su fundamento sea de carácter espiritual y, concretamente, moral, lo que equivale a decir religioso, porque detrás de toda demanda moral late, sea consciente de ello o no, una preocupación religiosa. El Santo Padre Juan Pablo II nos lo ha recordado al inicio de su última Encíclica, *Veritatis Splendor*, hablando del joven que se acerca a Cristo, para preguntarle: Maestro ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna? El Papa afirma que el joven, al preguntar sobre la moral, es decir sobre las reglas de conducta para que el hombre sea como sea como debe ser, está en realidad formulando una pregunta religiosa, ya que interrogarse sobre el bien, dice el Papa, significa en último término dirigirse a Dios que es la plenitud de la bondad; bondad que atrae y al mismo tiempo vincula al hombre¹⁰.

La ética protestante y el espíritu del capitalismo

Si esto es así, parece razonable que nos preocupemos del papel de la religión y, concretamente, del Cristianismo en las economías de mercado. Esta preocupación nos conduce, casi inevitablemente, a traer a

¹⁰ JUAN PABLO II, «*Veritatis Splendor*» (1993) cap. I, 6-9.

colación la famosa obra que bajo el título *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* publicó Max Weber en 1904. Como es bien sabido, en este libro, que se presenta bajo forma de investigación, el sociólogo alemán se adhiere más o menos explícitamente al sistema capitalista, que, por otra parte, define de manera difícilmente aceptable, por lo menos hoy; y pretende ver una vinculación del mismo a la ética que llama protestante, pero que, de hecho, es la que, si acaso, correspondería a la concepción calvinista o puritana. El fundamento en que hace descansar tal vinculación no es otro que el hecho, realmente observable en la Europa de fines del siglo XIX, de que los países protestantes del Norte eran más industrializados y prósperos que los países católicos del Sur.

Desde su publicación, la obra de Weber ha sido profusamente traducida y reeditada¹¹, y es mucha la tinta que ha hecho correr, tanto para adherirse a sus tesis como para contradecirlas. Son numerosos, por ejemplo, los autores calvinistas que rechazan la atribución del capitalismo al calvinismo, poniendo de manifiesto que las «virtudes» que Max Weber encuentra en el capitalismo no tienen nada que ver con el espíritu del protestantismo. Por otra parte, si bien prácticamente nadie discute la hipótesis de la que parte Weber, aceptando que, en su tiempo, la mayoría de los países protestantes eran más desarrollados que la mayoría de los países católicos, son muchos los que no aceptan que la causa de ello sea precisamente la presencia de la doctrina protestante en el seno de la actuación capitalista.

Amintore Fanfani frente a Max Weber

Paradójicamente, tal vez el mayor respaldo a la tesis weberiana haya sido el que le proporcionó, en 1934, el católico Amintore Fanfani, uno de los después líderes de la democracia cristiana italiana, al escribir su no menos famoso libro *Cattolicesimo e Protestantismo nella formazione storica del Capitalismo*¹². Fanfani sostiene que el capitalismo es incompatible con el catolicismo y, aunque dice no aceptar el fondo de las tesis de Weber y los autores que han seguido su línea, de hecho, al rechazar toda relación entre el catolicismo y el capitalismo, como él lo entiende, atribuye al protestantismo la génesis de un sistema que él, desde su catolicismo, considera esencialmente perverso.

¹¹ MAX WEBER, «La ética y el espíritu del capitalismo (Barcelona 1985).

¹² Amintore FANFANI, *Catolicismo y Protestantismo en la Génesis del Capitalismo* (Madrid 1953).

El escritor italiano inicia su trabajo con un recorrido comparativo entre los que llama espíritu precapitalista y espíritu capitalista, aceptable el primero, condenable el segundo. La diferencia esencial entre ambos espíritus aparece en el momento en que, según Fanfani, «aceptado que no existía oposición alguna entre la intensidad de la acción económica y el fin último, desaparecieron las limitaciones, impuestas por la moral religiosa a la adquisición de la riqueza. Así se abrió camino —dice— la idea de que la riqueza era un medio perseguible de todas las maneras consideradas como buenas, en tanto que se deseara y se tuviera posibilidad de hacerlo. A diferencia de la concepción precapitalista, se aseveró que no existían límites en el uso y en el perfeccionamiento de los modos lícitos de adquirir. Esta conclusión se afirmó en cuanto dejaron de concebirse como acciones censurables la adquisición cuantitativamente ilimitada de riqueza y la satisfacción ilimitada de las necesidades¹³».

Una de las manifestaciones de esta diferencia esencial, puesta de relieve por Fanfani, es que, «para el hombre precapitalista la moral no sólo condenaba los medios ilícitos, sino que también limitaba la utilización de los lícitos¹⁴; en cambio, el carácter primordial del espíritu capitalista consistió en el uso ilimitado de los medios de adquisición de la riqueza considerados moralmente lícitos y económicamente útiles¹⁵». Otra manifestación de la diferencia entre la moral precapitalista y la capitalista, citada por Fanfani, es que «el precapitalista tendió a igualar el precio de los bienes a su coste de producción más que a la estimación común, mientras que el capitalista adecuó el precio de los bienes a la estimación común más que al coste de producción¹⁶.»

Para alguien que conozca el pensamiento de los maestros de nuestra Escuela de Salamanca, ortodoxos doctores católicos, resulta evidente que, en la clasificación de Fanfani, el pensamiento de estos escolásticos cae del lado del capitalismo —cosa que, para mí, redundaría en su honor— aunque hayan vivido y enseñado en el siglo *xvi* y *xvii*. Todos ellos, en efecto, consideran lícito el beneficio, cualquiera que sea su importe, si ha sido obtenido en el libre mercado, en ausencia de coacción, fraude o dolo, siempre que, naturalmente, sea moralmente bueno el objeto del negocio (*finis operis*) y correcta la intención del negociante (*finis ope-*

¹³ Idem. 54.

¹⁴ Idem. 55.

¹⁵ Idem. 57.

¹⁶ *Ibidem*.

rantis). De la misma forma, todos los doctores salmantinos afirman que el precio justo es el precio de mercado, determinado *secundum aestimationem fori*, con independencia de su precio de coste. Pero para Fanfani el espíritu capitalista, tal como lo va describiendo, es «pecado»¹⁷, pecado en el que también incurrieron algunos individuos, dice, en la época precapitalista, «aunque casi todos no dejan de arrepentirse al morir o en vida, renovando, por tanto, su adhesión esencial a la creencia en los principios espirituales del precapitalismo»¹⁸».

Y así llega Fanfani a su definición de capitalismo diciendo que, en resumen, «el fruto del espíritu capitalista fue aquella postura adoptada por el hombre de los siglos XVIII-XIX ante los problemas de la riqueza (su adquisición y utilización), al estimar que ésta sólo era un medio para la satisfacción ilimitada, individualista y utilitarista, de todas las posibles necesidades humanas. Quien estaba animado por este espíritu elegía los medios más útiles de adquisición entre todos los lícitos, usándolos sin preocuparse por mantener los resultados dentro de ciertos límites; en el uso de la riqueza se mantuvo fiel al principio individualista de disfrute, y no conoció otro límite a la adquisición y disfrute de los bienes que la conveniencia, hedonista»¹⁹».

La postura de algunos cristianos frente al capitalismo

Es evidente que la definición del capitalismo que da Fanfani no es más acertada que la de Max Weber que luego veremos, pero esto no obsta para que con su obra haya contribuido enormemente, con la ayuda de algunos de sus discípulos, a divulgar, la opinión de que el capitalismo era cosa de protestantes; y, con la posterior predicación de algunos eclesiásticos, a sostener la conclusión, evidentemente no querida por él, de que un verdadero católico tenía que ser forzosamente socialista. Tal es la aversión que siente Fanfani por el capitalismo que cuando se ve en la necesidad de explicar la expansión de este sistema en países católicos y entre católicos, afirma, sin paliativos, que «la debilitación de la fe es la circunstancia que explica la consolidación del espíritu capitalista en un mundo católico, aunque también, en un cierto sentido, la consolidación del espíritu capitalista produce una disminución de la fe»²⁰».

¹⁷ Idem. 49.

¹⁸ Idem. 67.

¹⁹ Idem. 59 y ss.

²⁰ Idem. 242.

En otro trabajo²¹ me he ocupado de esta animadversión de determinados medios católicos al capitalismo. Aquí recordaré tan sólo que, en mi opinión, cabe explicarla por dos hechos principales que son, sintéticamente dicho, la postura que el Magisterio, en la segunda mitad del siglo XIX, se vio obligado a tomar frente a la herejía modernista; y la visión «espiritualista» frente a las realidades económicas, derivada del modelo religioso, no secular, de vivir la vocación cristiana, erróneamente adoptado por los laicos a lo largo de dos o tres siglos.

La consecuencia del primero de los dos hechos apuntados fue la confusión entre liberalismo económico y liberalismo filosófico que dio lugar a una mutua suspicacia y falta de entendimiento entre, por un lado, los eclesiásticos que condenaban los principios en que se basa el capitalismo, por el simple hecho de haber sido descubiertos o puestos en boga por pensadores que en su día podían considerarse insertos en el liberalismo filosófico y, por otro lado, los economistas liberales que se distanciaban de la Iglesia al ver censurados, como moralmente malos, precisamente aquellos principios económicos en los que ellos veían que descansaban las esperanzas de mayor bienestar para los pueblos. La consecuencia del segundo hecho fue que los laicos católicos, o abandonaban los negocios temporales en manos de protestantes o agnósticos, o si, a pesar de querer seguir siendo católicos, se dedicaban a empresas lucrativas, lo hacían con mala conciencia ya que, en la deformada interpretación «espiritualista» de la religiosidad, la busca del beneficio engendraba sentimientos de culpabilidad.

Ambas desviadas interpretaciones del dogma y la moral de la Iglesia hay que considerarlas afortunadamente arrumbadas, si nos atenemos al magisterio de los últimos pontificados. Por un lado, tanto Juan XXIII como Pablo VI, en sus Encíclicas *Pacem in terris* y *Octogesima Aveniens*, han dejado claro que hay que distinguir entre las teorías filosóficas falsas, nunca aceptables, y las corrientes o movimientos históricos de carácter económico, cultural o político, plenamente asumibles, aunque tales corrientes tengan su origen e impulso en dichas teorías filosóficas erróneas. Por otro lado, el Concilio Vaticano II, sobre todo en su Constitución Pastoral *Gaudium et spes* recuerda que los laicos han sido llamados a santificarse en la recta ordenación de los asuntos terrenos,

²¹ Rafael TERMES, *La doctrina social y el espíritu del capitalismo. Crónica de un malentendido*, Curso de verano de la Universidad Complutense (1991). Boletín de Estudios Económicos de Deusto, 144 (Diciembre 1991).

entre los cuales ocupan lugar primordial los de carácter económico y, concretamente, la economía de libre empresa a la que Juan Pablo II dedica elocuentes frases de aprobación en su *Centesimus Annus*.

* * *

Catolicismo y cristianismo

Cien años después de la primera edición de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Michael Novak, profesor del American Enterprise Institute, en su reciente libro *La ética católica y el espíritu del capitalismo*²², aparecido en 1993, hace una profunda revisión de las tesis de Max Weber, a la luz tanto del desarrollo económico como de la evolución de la Doctrina Social de la Iglesia, que han tenido lugar a lo largo del siglo transcurrido desde la publicación de la obra del sociólogo alemán y la aparición de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII.

Michael Novak, deja claro, aunque el pasado le importa menos que el futuro, que las raíces del moderno capitalismo son mucho más antiguas de lo que supone la vinculación hecha por Weber al espíritu de la reforma protestante, ya que tales raíces pueden hallarse no ya en el momento en que el Papa León III, en la misa de Navidad del año 800, en San Pedro de Roma, colocó la corona imperial sobre las sienes de Carlomagno, —dando su apoyo a la creación de Europa como lo que hoy llamamos mercado sin fronteras al libre comercio— sino que, según testimonio de prestigiosos historiadores, rastros del capitalismo aparecen ya en la vida de los monasterios benedictinos en el siglo v. No es pues necesario ser protestante para ser capitalista; el capitalismo democrático, como Novak ha insistido en muchas de sus obras, encaja perfectamente con la tradición cultural y religiosa judeo-católica.

Es importante demostrar que el catolicismo, es decir, el cristianismo antes de la Reforma, ha podido tener más papel que la doctrina protestante en la génesis histórica del capitalismo. Pero no lo es menos que la ética protestante descrita por Weber difícilmente puede aceptarse como un ideal cristiano. Para prueba bastará, entre otras que pueden ser espigadas, unas cuantas significativas frases del libro de Weber: «lo característico de esta filosofía de la avaricia es el ideal

²² Michael NOVAKL, *The Catholic Ethic and the Spirit of Capitalism* (New York 1993).

del hombre honrado, ... la idea de una obligación por parte del individuo frente al interés —reconocido como un fin en sí— de aumentar su capital. Una ética peculiar, cuya infracción constituye no sólo una estupidez, sino un olvido del deber. Es un verdadero *ethos* lo que se expresa y justamente en esta cualidad es como nos interesa²³. *Ethos* que conducía al burgués a guiarse por su interés de lucro, si poseía la conciencia de hallarse en estado de gracia y de sentirse visiblemente bendecido por Dios²⁴. La ganancia no es un medio para la satisfacción de necesidades vitales materiales del hombre, sino que más bien éste debe adquirirla, porque tal es el fin de su vida. Para el común sentir de las gentes, esto constituye una «inversión» antinatural de la relación entre el hombre y el dinero; para el capitalismo, empero, ella es algo tan evidente y natural como extraña para el hombre no rozado por su hábito²⁵».

Para explicar lo que quiere decir, Weber cuenta que Jacobo Fugger, el banquero de Carlos V, al colega que le aconsejaba retirarse porque ya había ganado bastante, le contestó que no lo haría porque su aspiración era ganar todo cuanto pudiera y retirarse le parecía pusilánime. Pues bien, dice Weber, esta manifestación de Fugger es consecuencia de un espíritu comercial atrevido, pero no tiene nada que ver con el espíritu del capitalismo que lleva a la obligación de ganar dinero porque, como ha dejado dicho, tal es el fin de su vida.

A la lectura de estas frases, nada tiene de raro que incluso muchos teólogos calvinistas rechacen verse retratados en ellos y no quieran ser considerados responsables de los grandes daños que, según ellos, el capitalismo ha traído al mundo. Sin embargo, dice Novak, Max Weber, aunque no haya acertado ni en describirlo ni en atribuirlo, tiene el mérito de haber identificado algo nuevo en la historia de la economía y de haber vislumbrado, muy imperfectamente, digo yo, su dimensión moral y religiosa. Y es esta dimensión espiritual de las actividades humanas, la que debemos tener presente a la hora de enjuiciar e intentar informar el funcionamiento de la economía. De la economía y de cualquier otra realidad terrena, porque, como dice el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, pionero de la proclamación de la vocación universal a la santidad, «hablando con profundidad teológica, es decir, hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles, y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios

²³ Max WEBER. O.C. 45.

²⁴ Idem. 252.

²⁵ Idem. 48.

ha fijado su morada entre los hombres, ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte²⁶».

La mejora de los resultados del capitalismo

Al capitalismo lo he definido como un sistema económico que tiene sus leyes propias e invariantes, pero esto no quiere decir que sea amoral ya que el sistema, en sí mismo, no presupone ninguna necesaria vinculación con concepciones filosóficas rechazables desde una antropología correcta. El capitalismo es, en sí mismo, una de estas realidades terrenas buenas, nobles, santificables; pero el capitalismo no se desarrolla en el vacío; vive en el entorno constituido por un determinado sistema ético-cultural y un concreto sistema político-jurisdiccional que, respectivamente, motiva y enmarca la actuación de los agentes del sistema económico. Por ello, distintas axiologías y distintas organizaciones político-jurídicas producirán resultados económicos distintos por la mera operación de las mismas leyes económicas generales. Entendidas las cosas de esta forma, me parece que resulta sencillo concluir que, sin intentar interferir en el núcleo invariante de las leyes económicas, es decir, renunciando a la intervención gubernamental de los mercados, podemos y debemos intentar mejorar, desde el punto de vista ético, los resultados del proceso económico de asignación de recursos, mejorando el sistema de valores y mejorando el sistema institucional²⁷.

Y ¿cómo hacerlo? Michael Novak, en su citado libro dice que quieren ofrecer una visión de cómo la ética Católica puede animar, corregir y ensanchar el espíritu del capitalismo. Novak precisa que emplea el adjetivo en el doble sentido de Católica, con mayúscula, para referirse a la ética de la Iglesia Católica, y católica, con minúscula, en su primitiva acepción, para referirse a la ética universal. No hay, desde luego, ninguna contradicción. La ética cristiana no se opone sino que sublima la ética universal. Cristo mismo dijo: «No he venido a abolir la Ley y los Profetas, sino a completarla²⁸.» Toda la Revelación, Antiguo y Nuevo Testamentos, no es otra cosa que Dios saliendo al encuentro del hombre, para explicitar y desarrollar la ley natural, reflejo de la ley eterna en la criatura racional. De

²⁶ Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que Pasa* (Madrid 1975) 236.

²⁷ Rafael TERMES, *Antropología del Capitalismo. Un debate abierto* (Barcelona 1992) 197 y ss.

²⁸ EVANG. San Mateo, 5, 17.

hecho, el Magisterio de la Iglesia Católica, al amparo de la Revelación y con la asistencia del Espíritu Santo, ofrece la auténtica interpretación de la moral natural, no sólo a los católicos sino a todos los hombres. Y este mensaje es, efectivamente, recibido, con agradecimiento, por innumerables no católicos y no cristianos, e incluso agnósticos y ateos, que consideran al Obispo de Roma como el indiscutible líder moral del mundo .

Para el ejercicio de esta misión, en materia económica, que es lo que hoy nos ocupa, «la Iglesia —como afirma Juan Pablo II en la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*— no propone sistemas o programas económicos y políticos, ni manifiesta preferencias por unos o por otros, con tal de que la dignidad del hombre sea debidamente respetada y promovida y ella goce del espacio necesario para ejercer su ministerio en el mundo²⁹». «Pero la Iglesia —sigue diciendo Juan Pablo II— es experta en humanidad, y por esto tiene una palabra que decir y a este fin utiliza como instrumento su doctrina social³⁰.»

Como es bien sabido, el documento pontificio, con el que Juan Pablo II cerró, por el momento, cien años de Doctrina Social, es la Encíclica *Centesimus Annus*. Se puede decir que con esta Encíclica llega a su término la evolución del pensamiento pontificio en materia económica. León XIII en su *Rerum Novarum* reafirmó la condena de sus predecesores al socialismo, criticando al mismo tiempo al capitalismo. En la *Quadragesimo Anno*, el Papa Rati, Pio XI, consagró el término justicia social que, si se tiene en cuenta el más antiguo principio doctrinal de la subsidiariedad, bien puede interpretarse como expresión moderna para designar la virtud específica que Tomás de Aquino llama justicia general, y que se referiría a aquellas obras de virtud de la justicia puestas en práctica por la sociedad —no necesariamente el Estado— en orden al bien común. El actual Pontífice acaba esta evolución, afirmando, aunque con clarísimas precisiones, la aceptación por parte de la Iglesia del modelo capitalista de organización de la economía.

El capitalismo bien entendido

En efecto, en el número 42 de la *Centesimus Annus*, el Papa pregunta: «¿Se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los es-

²⁹ JUAN PABLO II, «*Sollicitudo Rei Socialis*» (1987) n. 41.

³⁰ *Ibidem*.

fuerzos de los países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá éste el modelo que es necesario proponer a los países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil?³¹». Y da la contestación diciendo: «La respuesta obviamente es compleja. Si por capitalismo se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva³²). Los elementos que integran la hipótesis pontificia son exactamente los mismos que constituyen la definición del capitalismo tal como la di al principio y tal como, a mi juicio, se practica al día de hoy, aunque el Papa añade que «quizás sería más apropiado hablar de economía de mercado, o simplemente de economía libre».

Pero, acto seguido, el Papa avanza en la distinción que quiere hacer entre capitalismo bien entendido y capitalismo mal entendido y añade: «Pero si por capitalismo se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa³³.» Es decir, el Papa advierte de las desviaciones erróneas en las que el capitalismo, como cualquier otra forma de construcción humana, puede incurrir y evidentemente las condena.

A partir de estas premisas, el tenor de la Encíclica, en lo que se refiere al mercado, a los precios, a la empresa, a los beneficios, es congruente con los principios ya sentados, como fácilmente podríamos ver. No lo intentaré porque me interesa más recuperar el hilo del discurso volviendo al sistema uno y trino a que antes me referí. Es decir, el sistema económico, el sistema ético-cultural y el sistema político-jurisdiccional que mutuamente se interaccionan para producir unos u otros resultados, tanto desde el punto de vista económico como ético. A este respecto la *Centesimus Annus*, que, en el párrafo que acabamos de leer, reclama para el capitalismo un sólido contexto jurídico, afirma más adelante que «la economía de mercado no puede desenvolverse en medio de un vacío constitucional jurídico y político³⁴». Por otro lado,

³¹ JUAN PABLO II, «Centesimus Annus» (1991) cap. IV, n. 42.

³² *Ibidem*.

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Idem*. Cap. V, n. 48.

después de censurar numerosos rasgos de comportamiento en las sociedades occidentales, dominadas por la cultura del poseer y gozar, en vez de orientarse por la del ser y valer, el Papa dice que «estas críticas van dirigidas no tanto contra un sistema económico, cuanto contra un sistema ético-cultural. En efecto, la economía —dice— es sólo un aspecto y una dimensión de la compleja actividad humana. Si es absolutizada, si la producción y el consumo de las mercancías ocupan el centro de la vida social y se convierten en el único centro de la vida social, no subordinado a ningún otro, la causa hay que buscarla no sólo y no tanto en el sistema económico mismo, cuanto en el hecho de que todo el sistema sociocultural, al ignorar la dimensión ética y religiosa, se ha debilitado, limitándose únicamente a la producción de bienes y servicios³⁵.»

Las virtudes propias del capitalismo

Por lo tanto, si queremos que nuestro sistema capitalista sea el capitalismo bien entendido a que se refiere el Papa, es necesario no precisamente cambiar el sistema económico liberal que lo sustenta, sino, visto el deterioro de los sistemas cultural e institucional que lo enmarcan, intentar regenerarlos. En esta necesaria regeneración moral de nuestras sociedades y sus instituciones: «el principal recurso del hombre, dice Juan Pablo II, es el hombre mismo. El hombre, con sus creencias y con su comportamiento. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas. En su trabajo disciplinado, en solidaria colaboración, el que permite la creación de comunidades de trabajo cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano. En este proceso están comprometidas importantes virtudes, como son la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución del ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de la fortuna³⁶».

Creatividad y cooperación son los términos en que cabría sintetizar las virtudes enumeradas por el Papa. Pero creatividad y cooperación

³⁵ Idem. Cap. IV, n. 39.

³⁶ JUAN PABLO II, «Centesimus annus» (1991) cap. IV, n. 32.

son, precisamente, las virtudes propias del capitalismo. La profunda justificación moral del sistema capitalista no radica tan sólo en que —imperfecto como es— sirva a la libertad mejor que cualquier otro conocido; ni siquiera en que sea la manera práctica de realizar la opción por los pobres, ya que eleva los niveles de vida de los pobres más que ningún otro sistema; ni en que mejore el estado de salud de los seres humanos y mantenga el balance entre los hombres y su entorno mejor que en las socialistas o tradicionales sociedades del tercer mundo. Todo esto es cierto, pero la verdadera fuerza moral del capitalismo —que es descubrimiento, innovación e inversión— radica en su capacidad para promover la creatividad humana mediante la cooperación.

Sólo necesitamos pues que los hombres que, dentro del sistema capitalista, son estimulados, por su propia dinámica, a la creatividad y a la cooperación, estén adornados de las virtudes morales que asegurarán, a través de su comportamiento ético, que los resultados del sistema serán satisfactorios no sólo económicamente sino también moralmente, es decir que conducirán al bien común, entendido como el bien integral de todo hombre y de todos los hombres. Y aquí es donde se hace patente el papel del cristianismo en la economía.

Ciertamente que el cristianismo no es un simple código de conducta. El cristianismo es esencialmente, y ante todo, la adhesión personal a Jesucristo, confesado como Dios y Hombre verdadero. Pero la fe entraña un compromiso de comportamiento, de seguimiento por un camino basado en las enseñanzas y las obras de Cristo. Los primeros cristianos, provenientes tanto del pueblo judío como de la gentilidad, dice la *Veritatis Splendor*, «se diferenciaban de los paganos no sólo por su fe y su liturgia, sino también por el testimonio de su conducta moral, inspirada en la Ley Nueva. En efecto, la Iglesia es a la vez comunión de fe y de vida. Ninguna laceración debe atentar contra la armonía entre la fe y la vida: la unidad de la Iglesia es herida no sólo por los cristianos que rechazan o falsean la verdad de la fe, sino también por aquéllos que desconocen las obligaciones morales a las que los llama el Evangelio. Los Apóstoles rechazaron con decisión toda disociación entre el compromiso del corazón y las acciones que lo expresan y demuestran³⁷».

Por lo tanto, si los cristianos que operan en el sistema capitalista, cualquiera que sea el lugar que en él ocupen, viven, en el ejercicio de su respectiva actividad, las virtudes cristianas; si los no cristianos viven

³⁷ JUAN PABLO II, «Veritatis Splendor» (1993) cap. I, n. 26.

las virtudes morales de acuerdo con la ley natural, que a todos obliga y a todos los que con sinceridad la buscan les es dado conocer, en forma que no podrá diferir de la auténtica interpretación del Magisterio; entonces el tripartito sistema a que me voy refiriendo funcionará y funcionará satisfactoriamente.

* * *

Libertad y moral

Ahora bien, no existe virtud si no hay libertad. La virtud es la libre adhesión al bien, porque ni la verdad ni el bien pueden imponerse; antes es la libertad que el bien. Cuando los hombres, olvidando que el mismo Dios ha querido correr el riesgo de la libertad del hombre, han intentado imponer por la fuerza el bien o la verdad, incluida la verdad religiosa, han cometido uno de los mayores errores. Sin embargo, con ser tan valiosa, la libertad no es un fin en sí mismo; la libertad es valiosa por el bien que permite alcanzar, de forma que, rigurosamente hablando, el hombre sólo es verdaderamente libre cuando se adhiere a la verdad. «La verdad os hará libres», dijo el Verbo de la Verdad³⁸.

El capitalismo es el reino de la libertad, de esa libertad que, en frase del gran liberal Lord Acton, es el reino de la conciencia, de esa libertad de decisión, dentro de la cual, las personas, asumiendo el riesgo, correlato ineludible de la libertad, crean riqueza y bienestar, para ellos, desde luego, pero también para los demás. Pero la libertad, que está en la base de la dignidad moral del hombre, es al mismo tiempo la causa de sus mayores tragedias morales. Por eso el Juan Pablo II en la *Veritatis Splendor* dice que «los problemas humanos más debatidos y resueltos de manera diversa en la reflexión moral contemporánea se relacionan con un problema crucial: la libertad del hombre³⁹». Y toda esta su última Encíclica no tiene más objeto que resolver, para la iluminación de las conciencias de los católicos, y de todos los hombres de buena voluntad, los problemas que se presentan al relacionar la libertad con la moral.

La orientación de este Documento, que el Cardenal Ratzinger ha calificado como el más trascendental del Pontificado de Juan Pablo II,

³⁸ EVANG. San Juan. 8, 32.

³⁹ JUAN PABLO II, «*Veritatis Splendor*» (1993) cap. II, n. 31.

es doble. Por un lado, poner de nuevo ante nuestros ojos el entusiasmante panorama de la verdadera libertad, signo evidente de la imagen divina, cosa que hace, transcribiendo las palabras del Concilio Vaticano II, al decir que «quiso Dios dejar al hombre en manos de su propio albedrío de modo que busque sin coacciones a su Creador y, adhiriéndose a El, llegue libremente a la plena y feliz perfección⁴⁰». Por otro lado, la Encíclica alerta sobre el peligro de dejarse seducir por las erróneas corrientes consecuencialistas y proporcionalistas, que se han introducido en la teología moral actual, también dentro de la Iglesia Católica, proponiendo, como antídoto, el recurso a las tradicionales fuentes de la moralidad que, como es bien sabido, son tres: el objeto, la intención y las circunstancias.

Los hombres que se mueven libremente, y así debe ser, en el campo de la economía capitalista, no están a salvo, desde luego, del peligro de hacer mal uso de la libertad; ya sea porque piensan erróneamente que la libertad es totalmente autónoma de la moral, considerándola como un absoluto, ya sea porque, víctimas del ambiente e inclinados a valorar las cosas por los resultados, cosa muy corriente en el mundo de los negocios, decidan regirse por las reglas de una moral subjetivista, relativista, consecuencialista, totalmente contraria a la moral natural de valor universal y constante. Si se portaran así, cosa que en la actualidad puede ocurrir, los frutos del capitalismo no serían satisfactorios. Si, por contra, como es deseable, se portan de acuerdo con el espíritu del cristianismo, los frutos del capitalismo serán plenamente satisfactorios. La consecuencia es que tenemos que volver al hombre. Cuentan quienes pueden saberlo que, cuando preguntaron a Juan Pablo II qué había experimentado en su primera entrevista con Gorbachov, contestó que se había dado cuenta de que estaba delante de un hombre que quería el cambio de su país, pero no era un converso. Sin la conversión del hombre no lograremos el cambio de la sociedad.

Conclusión

Para resumir, diré que el capitalismo es un sistema económico que, en sí mismo considerado, no está vinculado ni a una concepción filosófica rechazable ni a ninguna otra; que no existe, pues, ninguna contradicción entre cristianismo y capitalismo; que las virtudes propias del ca-

⁴⁰ Concilio Vaticano II. *Cons. past. Gaudium et spes* (1965) n. 17.

pitalismo son la creatividad y la cooperación, frutos de la libertad que esencialmente define el sistema; que estas virtudes se desarrollan perfectamente dentro de la vocación cristiana a informar espiritualmente todas las realidades terrenas nobles; que el capitalismo, como sistema económico, convive e interacciona con el sistema ético-cultural y con el sistema político-institucional que, en cada sociedad y en cada momento imperen; que según sean los valores que informen los dos sistemas que enmarcan el sistema económico, serán éticamente aceptables o no los resultados que las invariantes leyes económicas producirán; que fuera de una moral basada en las normas objetivas, universales y constantes de la ley natural no hay manera de garantizar un funcionamiento ético del sistema económico; que todo hombre de buena voluntad oye resonar dentro de sí mismo los principios de esta ley natural que, para los católicos, explícita y, sin contradecirla, completa la moral de la Iglesia; que si el cristianismo, unión indisoluble entre fe y moral, impregnara los sistemas culturales e institucionales que enmarcan el capitalismo, los resultados del sistema, tanto económicamente como moralmente, serían los mejores que cabe esperar en esta tierra.

